

# 1

Michael Rogan echó un vistazo al morboso rótulo del club nocturno más de moda en Hamburgo. *Sinnlich! Schamlos! Sündig!* «¡Sensual! ¡Desvergonzado! ¡Pecaminoso!» El Roter Peter no ocultaba lo que ofrecía de puertas adentro. Rogan se sacó del bolsillo una pequeña fotografía y la examinó a la luz roja de la lámpara con forma de cerdo que iluminaba la puerta del local. Había mirado aquella foto centenares de veces, pero temía no reconocer al hombre que buscaba. Las personas cambian mucho en diez años. Incluso él había cambiado.

Pasó por delante del portero servilmente inclinado y entró en el club. Todo estaba oscuro en el interior, a excepción de la pequeña pantalla rectangular donde se desarrollaba una película porno. Rogan avanzó entre las mesas atestadas de gente bulliciosa y más o menos ebria. De pronto, las luces del local se encendieron y Rogan quedó enmarcado contra el escenario, donde unas chicas rubias bailaban desnudas. Sus ojos escrutaron las caras de los que estaban sentados en primera fila. Una camarera le tocó el brazo y dijo, coquetamente, en alemán:

—¿Herr Amerikaner busca algo en especial?

Rogan la rozó al pasar, molesto por haber sido tan fácilmente identificado como americano. Notó la presión de la sangre contra la placa de plata que llevaba en el cráneo: señal de peligro. Tendría que cumplir con su deber lo antes posible y volver al hotel. Inspeccionó todo el local, incluso oscuros rincones donde los clientes bebían cerveza en grandes jarras y metían mano a la primera camarera que pasaba. También echó un vistazo a los reservados: hombres arrellanados en divanes de cuero observaban a las chicas del escenario antes de decidirse por su favorita y hacerla venir con una llamada de teléfono.

Rogan empezaba a impacientarse. No le quedaba mucho tiempo. Se volvió hacia el escenario. Detrás de las bailarinas desnudas, en el telón, había un panel transparente a través del cual los clientes podían ver al próximo contingente de coristas preparándose para salir a escena. Cada vez que una de las chicas se despojaba de una media o un sujetador, aplaudían. Una voz de etílico acento bramó:

—¡Ay, preciosidades! ¡Os quiero a todas!

Rogan se dio la vuelta y sonrió en la oscuridad. Recordaba aquella voz. No había cambiado en diez años: una voz bávara, gruesa y ronca, preñada de falsa camaradería. Avanzó raudo hacia ella, se desabrochó la chaqueta y desabotonó el seguro de cuero de la sobaquera donde llevaba una Walther. Con la otra mano, sacó el silenciador del bolsillo de la chaqueta y lo sostuvo como si fuera una pipa.

Estaba frente a la mesa, frente a aquella cara que no había podido olvidar y cuyo recuerdo lo había mantenido vivo durante los últimos diez años.

La voz no lo había engañado: era Karl Pfann. El alemán había engordado unos veinte kilos y perdido casi todo el pelo, sólo unos ralos mechones rubios le entre-

cruzaban el grasiento cuero cabelludo; pero la boca seguía siendo tan diminuta y casi tan cruel como Rogan la recordaba. Se sentó a la mesa contigua y pidió una copa. Cuando las luces se apagaron para reanudar la proyección de la película, sacó lentamente la Walther de su pistola y, con las manos debajo de la mesa, ajustó el silenciador al cañón del arma. La pistola se desequilibraba con el peso añadido; más allá de cinco metros, el tiro no sería preciso. Rogan se inclinó hacia la derecha y tocó a Karl Pfann en el hombro.

La cabezota se volvió, inclinando la reluciente calva, y la voz falsamente amistosa que Rogan había oído en sueños durante diez años dijo:

—¿Sí, *mein freund*? ¿Qué desea?

Rogan habló con voz áspera:

—Soy un viejo camarada tuyo. Cerramos un pequeño trato el *Rosenmontag* de 1945, lunes de Carnaval, en el Palacio de Justicia de Múnich.

La película distrajo un momento a Karl Pfann, cuyos ojos se movieron hacia la pantalla.

—Eso es imposible —dijo, nervioso—. En 1945, servía a la madre patria. No me hice empresario hasta después de la guerra.

—Te hablo de cuando eras nazi —precisó Rogan—. Un torturador... un asesino. —Le iba a estallar la cabeza—. Soy Michael Rogan. De los servicios de inteligencia americanos. ¿Me recuerdas ahora?

Se oyó un ruido de cristales rotos cuando el corpa-chón de Karl Pfann giró en redondo y miró en la oscuridad a Michael Rogan. El alemán dijo, en voz baja y amenazadora:

—Michael Rogan está muerto. ¿Qué diablos quieres de mí?

—Tu vida —dijo Rogan. Sacó la Walther de debajo de la mesa y apoyó el silenciador en la barriga de Pfann. Apretó el gatillo. El cuerpo del alemán se estremeció con el impacto de la bala. Rogan volvió a ajustar el silenciador y disparó por segunda vez. El ahogado grito mortal de Pfann se perdió entre las carcajadas de los clientes mientras la pantalla mostraba una cómica escena de seducción.

Pfann se desplomó sobre la mesa. Nadie se apercibiría de su muerte hasta terminada la película. Rogan extrajo el silenciador y lo guardó junto con la pistola en los bolsillos de la chaqueta. Se levantó y atravesó sigilosamente el club en penumbra. El portero con galones le hizo el saludo y llamó un taxi, pero Rogan apartó la cara y echó a andar por el Allee en dirección a los muelles. Anduvo largo rato hasta que su pulso recuperó el ritmo normal. Entrevistos al frío claro de luna del norte alemán, búnkeres submarinos en ruinas y herrumbrosos sumergibles le trajeron a la memoria los fantasmas de la guerra.

Karl Pfann había muerto. Llevo dos y me faltan cinco, pensó Rogan con crudeza. Así quedarían compensados sus diez años de pesadillas y podría hacer las paces con la placa de plata que llevaba en el cráneo, con los eternos gritos de Christine pronunciando su nombre, pidiéndole auxilio, y con el instante fugaz y cegador en que siete hombres lo habían sacrificado como a un animal en una sala alta y abovedada del Palacio de Justicia muniqués. Habían intentado asesinarlo sin la menor dignidad, como si de una broma se tratara.

El viento en la zona portuaria era cortante, así que Rogan se desvió por Reeperbahn, o «el paseo de la Cordeleería», y pasó por delante de una comisaría para incorporarse a Davidstrasser. La policía no le daba miedo. Había tan poca luz en el Roter Peter que nadie que lo

hubiera visto podría describirlo con precisión. Sin embargo, para no correr riesgos innecesarios, se metió por un callejón donde había un gran letrero de madera: «¡Prohibido el paso a menores!» Parecía una calle como cualquier otra, hasta que dobló la esquina.

Sin proponérselo, había llegado a St. Pauli: la famosa zona de Hamburgo reservada a la prostitución legal. Estaba bien iluminada y abarrotada de transeúntes. Las casas de colores chillones, en su mayoría de tres plantas, parecían de lo más corriente a primera vista, si no fuera que de ellas entraba y salía gente a cada momento. En la planta baja, había grandes ventanales a modo de escaparate que dejaban ver las habitaciones del interior. Sentadas en butacas, leyendo, tomando café y charlando, o bien tumbadas en el sofá contemplando el techo, estaban las muchachas más hermosas que Rogan había visto jamás.

Unas pocas fingían limpiar la cocina y tan sólo llevaban puesto un delantal hasta medio muslo, la espalda totalmente al descubierto. En cada casa había un rótulo: «30 marcos la hora». Algunas ventanas tenían las persianas bajadas; e, impresa en letras de oro sobre persiana negra, la palabra *Ausverkauft* («Vendido») anunciaba con orgullo que un caballero solvente había pagado para pasar toda la noche con la chica.

Había una rubia que leía en su cocina, sentada a una mesa metálica. Parecía desolada, en ningún momento miraba hacia la concurrida calle y, junto al libro que estaba leyendo, había derramado un poco de café. Rogan permaneció allí de pie, esperando a que ella levantara la cabeza para poder verle la cara. Pero no había manera. Debe de ser fea, pensó Rogan. Pagaría los treinta marcos y así podría descansar un rato antes de emprender la larga caminata hasta su hotel. Los médicos le habían dicho

que no era bueno que se excitara, y una mujer fea no lo iba a excitar. Debido a la placa de plata que llevaba en el cráneo, Rogan tenía prohibidos los licores fuertes, copular con exceso e incluso enojarse. Sobre cometer asesinatos, no le habían dicho nada.

Cuando entró en la cocina bien iluminada, vio que la chica era guapa. Ella cerró el libro con desgana, se levantó, fue hacia Rogan y lo agarró de la mano para llevarse-lo a la alcoba privada. Rogan sintió un acelerón de deseo que, de repente, le produjo jaqueca y un fuerte temblor de piernas. Era la previsible reacción al asesinato y la huida posterior, y notó que empezaba a marearse. Se dejó caer en la cama, y la voz aflautada de la joven parecía venir de muy lejos:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Rogan negó con la cabeza, al tiempo que sacaba la cartera. Esparció sobre la cama un fajo de billetes y dijo:

—Te pago por la noche entera. Baja la persiana y déjame dormir.

Mientras ella volvía a la cocina, Rogan sacó el frasquito de pastillas que llevaba en el bolsillo de la camisa y se metió dos en la boca. Fue lo último que recordaba haber hecho antes de perder el conocimiento.

Al despertar, vio el gris amanecer a través de las empañadas y polvorientas ventanas de atrás. Volvió la cabeza. La chica dormía en el suelo, tapada con una manta fina. Un leve perfume a rosa emanaba de su cuerpo. Rogan se dio la vuelta en la cama para levantarse por el otro lado. Las señales de peligro habían desaparecido. Había dejado de notar la presión de la sangre contra la placa de plata; ya no le dolía la cabeza. Se sentía recuperado.

El contenido de la billetera estaba intacto. La Walther seguía en el bolsillo de la chaqueta. Pensó que había ele-

gido a una chica honrada y con sentido común. Rodeó la cama dispuesto a despertarla, pero la chica ya estaba poniéndose en pie y su hermoso cuerpo tiritaba con el frío de la mañana.

La habitación olía mucho a rosas, y Rogan vio que tanto las cortinas como las sábanas tenían rosas bordadas. El camisón de la chica también estaba adornado con rosas. Ella le sonrió.

—Me llamo Rosalie. Me gusta todo lo que lleve rosas: el perfume, la ropa...

Parecía una niña orgullosa de su afición a las rosas, como si eso la convirtiera en alguien especial. A Rogan le pareció gracioso. Se sentó en la cama y le hizo señas para que se acercara. Rosalie obedeció y se le quedó de pie entre las piernas. Rogan percibió su delicado perfume, y pudo verle los pechos de rosados pezones y los largos muslos blancos cuando ella se despojó lentamente del camisón; luego la chica lo ciñó con brazos y piernas, su tacto como de pétalos, al tiempo que le ofrecía una boca de labios gruesos trémula de pasión.



## 2

A Rogan le gustó tanto la chica, que lo organizó todo para que se trasladara a vivir a su hotel durante una semana. Esto supuso complejos acuerdos financieros con el propietario, pero a Rogan no le importó. Ella estaba encantada, lo cual a él le proporcionó una satisfacción casi paternal.

Rosalie se puso aun más contenta cuando supo que se hospedaba en el hotel más lujoso del Hamburgo de posguerra, el famosísimo Vier Jahreszeiten, con un servicio a la altura del antiguo Kaiser Alemania.

Rogan la trató como si fuera una princesa. Le dio dinero para que se comprara ropa, la llevó al teatro y a buenos restaurantes. Rosalie era muy cariñosa, pero había en ella una extraña vacuidad que lo desconcertaba. Trataba a Rogan como si fuera una mascota; lo acariciaba como habría acariciado un abrigo de pieles, de modo impersonal, ronroneando con la misma clase de placer. Un día volvió inesperadamente de sus compras y encontró a Rogan limpiando su Walther P-38: que Rogan estuviera en posesión de semejante arma le resultaba del todo indiferente. Le traía sin cuidado, y no le hizo ninguna pregunta. Aunque Rogan sintió alivio por ello, sabía que la postura de la chica no era normal.

La experiencia le había enseñado que, después de uno de sus ataques, necesitaba descansar una semana entera. Su próximo objetivo era Berlín y, pasados unos días, empezó a meditar sobre la conveniencia de llevar consigo a Rosalie a la ciudad dividida. Finalmente, decidió no hacerlo. Las cosas podían torcerse y ella saldría malparada sin tener ninguna culpa. La última noche, Rogan le dijo que se marchaba temprano al día siguiente y le dio todo el dinero que llevaba en la cartera. Con aquella extraña vacuidad suya, Rosalie tomó el dinero y lo arrojó a la cama. No demostró ninguna clase de sentimiento aparte de un hambre animal, algo puramente físico. Como era la última noche que pasaban juntos, ella quería hacer el amor todo el rato que fuera posible. Empezó a quitarse la ropa y, mientras lo hacía, preguntó como si tal cosa:

—¿Para qué vas a Berlín?

Rogan le miró los hombros, tersos:

—Negocios —contestó.

—El otro día estuve revolviendo en esos sobres especiales, los siete. Quería saber más cosas de ti. —Rosalie se quitó las medias—. La noche que nos conocimos asesinaste a Karl Pfann: el sobre con su fotografía lleva el número dos. El que contiene la foto de Albert Moltke es el número uno, de modo que fui a la biblioteca y eché un vistazo a la prensa de Viena. Moltke apareció muerto hace un mes. Según tu pasaporte, estuviste en Austria por esas fechas. Los sobres tres y cuatro llevan los nombres de Eric y Hans Freisling, residentes en Berlín. Así que mañana, cuando te marches, vas a ir a Berlín para matarlos. Y tu plan es asesinar también a los otros tres, los números cinco, seis y siete. ¿Me equivoco?

Rosalie dijo todo esto con toda naturalidad, como si los planes de Rogan no tuvieran nada de extraordinario.

Desnuda, se sentó en el borde de la cama, esperando a que él le hiciera el amor. Hubo un momento en que Rogan pensó en matarla, pero enseguida descartó la idea; y luego se dio cuenta de que no sería preciso. Ella jamás lo delataría. Detectaba en su mirada aquella curiosa vacuidad, como si la chica fuera incapaz de distinguir entre el bien y el mal.

Rogan se arrodilló en la cama delante de ella e inclinó la cabeza entre sus pechos. Luego le tomó una mano, caliente y seca: no tenía miedo. Le acompañó la mano hasta la parte posterior del cráneo e hizo que pasara los dedos por la placa de plata. Quedaba oculta bajo el pelo, y parte de ella, cubierta por una fina membrana de piel muerta y callosa. Pero Rogan supo que Rosalie notaría el metal.

—Esto me lo hicieron esos siete hombres —dijo—. Gracias a esta placa estoy vivo, aunque nunca tendré nietos. Nunca seré un viejo que pueda sentarse tranquilamente al sol.

Los dedos de Rosalie palparon la nuca, no retrocedieron al contacto con el metal ni con la carne callosa.

—Si me necesitas, aquí estaré —comentó.

Él percibió su olor a rosas y pensó, aun a sabiendas de que aquello era puro sentimentalismo, que las rosas eran para las bodas y no para los funerales.

—No —repuso—. Mañana me marchó. Tú olvídate. Y olvida que has visto esos sobres. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Rosalie—. Te olvidaré. —Por un momento, la abandonó aquella extraña vacuidad—. ¿Y tú? ¿Me olvidarás a mí?

—No —contestó Rogan.